

**30. GUERRA Y REVOLUCION EN ARAGON
(1936-1938)**

POR

JULIAN CASANOVA



Frente de Aragón. Milicianos republicanos.

El abundantísimo repertorio bibliográfico que existe sobre la guerra civil apenas ha generado unos cuantos estudios novedosos y ha demostrado, una vez más, el escaso aprovechamiento de las posibilidades que ofrecen la historia local y los análisis regionales. Las páginas dedicadas a Aragón en las síntesis generales valoran exclusivamente los acontecimientos bélicos y aparecen repletas de inexactitudes acerca del alcance del régimen colectivista implantado por los anarquistas. Al no apreciar las particularidades regionales, trata de darse la impresión que la guerra fue en todos los sitios igual: un conflicto entre dos bandos enzarzados en una lucha fratricida ocasionada por la incompetencia de los gobernantes. Aunque no es este el lugar para examinar con detalle los distintos aspectos que configuraban aquella realidad social, podemos romper ya con esa imagen convencional y prestar la debida atención a las consecuencias que tuvo para la región aragonesa la decisión de un núcleo considerable del Ejército —con una actitud antiparlamentaria suficientemente demostrada— de sublevarse contra el régimen republicano en julio de 1936.

30.1. LA SUBLEVACIÓN

No hace falta detenerse demasiado en el relato de la conspiración: tres meses después del triunfo de la coalición del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936, las cosas estaban bastante claras para los militares rebeldes. En líneas generales, el papel que en el plan de la insurrección se le asignaba al mando de la V División, con sede en Zaragoza, fue expuesto por Mola en la entrevista que el 7 de junio mantuvo con el general Miguel Cabanellas en las Bardenas. Junto a éste, aparecían en el centro de la conspiración los coroneles Monasterio, Urrutia, Sueiro, el comandante Cebollero —ayudante de Cabanellas— y el general Gregorio de Benito, comandante militar de Huesca.

Como estaba previsto, la sublevación contra la República iniciada en la tarde del 17 de julio en Melilla, fue secundada por los mandos militares de Zaragoza con la declaración del Estado de Guerra en la madrugada del 19 de julio. Frente a esa intervención armada —que apenas presentó fisuras—, la huelga general fue un recurso inútil y tampoco sirvió para liberar de la indecisión a las autoridades republicanas. Sin una oposición

firme, la rebelión consiguió pronto sus objetivos. En Huesca y Teruel la sublevación se decidió cuando se adhirieron las dos fuerzas armadas más numerosas, la Guardia Civil y los guardias de asalto. Con ligeros matices, los mismos acontecimientos se repitieron en Calatayud y Jaca —ciudades con establecimientos militares— y en la mayoría de los pueblos de Aragón. Sólo en Barbastro, cuya Brigada de Montaña tenía ubicado su cuartel general en Barcelona, el coronel Villalba se mantuvo leal al Gobierno.

Este inicial dominio militar, impuesto con el apoyo de los principales propietarios y los miembros de las organizaciones de derecha, sufrió importantes modificaciones con la intervención de las milicias procedentes de Cataluña y del País Valenciano. En menos de una semana recuperaron para la República toda la mitad oriental de Aragón. Y la región quedó así partida en dos zonas que, como el resto del territorio español, eran más el resultado de las circunstancias en que se desarrolló el golpe militar que el producto de la división entre las «dos Españas».

Lo que sí se derivó de ese corte brusco fueron las distintas formas de organización social que ambos territorios iban a presentar durante toda la contienda.

30.2. EL ARAGÓN INSURGENTE

La concienzuda y sistemática persecución que se desencadenó, a partir de esas fechas, en el Aragón insurgente, no ha sido objeto aún de un análisis exhaustivo. Conocemos, no obstante, una larga lista de asesinados donde aparecen líderes y militantes de sindicatos, concejales y alcaldes de los principales ayuntamientos, autoridades republicanas y cientos de individuos sin afiliación política perseguidos «por no ser afectos al Movimiento». Una vez puesta en marcha esa máquina de exterminio no había motivo para hacer distinciones entre socialistas, anarquistas, comunistas o republicanos y así había quedado reflejado en los documentos firmados por Mola y distribuidos en la preparación de la rebelión.

Como era presumible, eliminadas las autoridades republicanas, volvieron a los cargos públicos aquellos políticos que los habían desempeñado durante el bienio radical-cedista (1934-1935) o viejos monárquicos —ahora falangistas— alejados del poder por las urnas. La Banca y las entidades económicas pusieron sus recursos en manos de los militares. Unas semanas después de la sublevación, los principales talleres de la industria metalúrgica estaban ya militarizados y Zaragoza era a finales de 1937 el centro más importante de fabricación de material bélico del territorio controlado por Franco. Aunque tampoco conviene exagerar ese dato porque, como se sabe, fue la ayuda militar extranjera

—alemana e italiana, principalmente— la que decidió la guerra en favor de los insurgentes.

En las comarcas rurales, el Servicio Nacional del Trigo, organismo financiado en Aragón con apoyo de la Banca privada, controló —a partir de su creación en agosto de 1937— la producción triguera, sus precios y comercialización. La adhesión sin condiciones de esa población campesina al nuevo régimen es una cuestión mucho más difícil de valorar pese a las constantes declaraciones en ese sentido de la prensa zaragozana. Porque si bien los militares y políticos se esforzaban en demostrar que la República poco o nada había hecho por los campesinos, convendría no olvidar que en la provincia de Zaragoza —la que más territorio poseía en manos de los sublevados— la Federación Española de Trabajadores de la Tierra (UGT) tenía casi 20.000 afiliados en julio de 1936 (a los que habría que añadir 5.000 de la CNT concentrados en los núcleos azucareros), que vieron desarticuladas sus organizaciones —muchos de ellos asesinados— y rotas sus esperanzas de modificar el orden social existente.

30.3. EL ARAGÓN REPUBLICANO

En la otra mitad de Aragón, el vacío de poder ocasionado por la derrota de los insurgentes ofreció la posibilidad de que sindicalistas catalanes y sobre todo dirigentes anarquistas zaragozanos instigaran en esos pueblos a la aplicación del colectivismo. Frente al Estado republicano —y al colapso de sus mecanismos de coerción: Ejército, policía y Guardia Civil—, surgieron comités revolucionarios que impulsaron, bajo la protección de las milicias de la CNT, la implantación de un nuevo orden político y económico.

Ese proceso fue también acompañado de una sangrienta depuración. Comerciantes, industriales, propietarios rurales acomodados y militares de las organizaciones políticas más conservadoras —Acción Popular Agraria Aragonesa, integrada en la CEDA— o declaradamente fascistas —Falange Española— constituyeron, junto con el clero, el objeto primordial de esa hostilidad cuyos efectos tampoco resulta nada fácil cuantificar.

La reorganización del régimen de propiedad fue posible en unos casos porque amplias extensiones de tierras fueron abandonadas por sus propietarios y en otros por la supresión física de esas personas acusadas de prestar apoyo a la sublevación. Argumentos psicorraciales aparte, que todavía explican las colectividades por la predisposición y amor a la libertad de los aragoneses, y descartando asimismo las interpretaciones opuestas que resuelven el problema afirmando que todas las colectividades fueron el resultado de una imposición violenta, conviene insistir en el contexto excepcional de guerra en el que emergieron.

Las colectividades conocieron durante los últimos meses de 1936 y el primer trimestre de 1937 el período de mayor auge: consiguieron dotarse de un instrumento de coordinación —la Federación Regional—, crearon sus órganos de difusión y adoctrinamiento revolucionario e incluso se plantearon una rectificación de la violencia practicada en los primeros instantes. No obstante, los acontecimientos políticos y militares rompieron ese posible proceso de consolidación. El fracaso de los intentos por controlarlas desde el Gobierno, la pugna entre diferentes formas de concebir la política agraria y las repercusiones de los sucesos de mayo, motivaron que el gobierno Negrín, con el apoyo de los comunistas, pensara en utilizar la fuerza contra ellas. La oportunidad se presentó coincidiendo con el decreto de disolución del Consejo de Aragón en agosto de ese mismo año.

Este órgano de gobierno regional, formado por los anarquistas en octubre de 1936, creó sus propios cuerpos de policía, efectuó requisas, estableció rígidos mecanismos en la administración de la economía, reguló el comercio con el exterior y, sobre todo, utilizó esa máquina burocrática para consolidar el poder de la CNT y asegurar el orden revolucionario. La profundidad y amplitud de ese intento estuvieron siempre limitadas por el decidido rechazo de los demás grupos y por las enormes dificultades a las que tuvo que hacer frente. Duró menos de un año y actuó en un territorio ocupado por cinco Divisiones militares. Bajo estas circunstancias, el resultado se aproximó más a un «comunismo de guerra» —solución de emergencia— que al comunismo libertario

30.4. EL FIN DE LA GUERRA

Su desaparición coincidió con el inicio de las operaciones militares en el frente de Aragón. Hasta la ofensiva sobre Zaragoza en septiembre de 1937, la guerra en Aragón se había caracterizado por una ausencia de batallas importantes. A partir de ahí, la región aragonesa fue durante un tiempo el centro principal de las operaciones bélicas: batalla de Teruel al inicio del invierno de 1937-38 y ocupación de todo el territorio por el ejército de Franco en marzo de 1938.

Tras esa fecha, la guerra se alejaba de Aragón aunque no llegaba a su fin: en mayo todavía se combatía en el sur de la provincia de Teruel y en la zona de Bielsa el comandante Beltrán («El Esquinazao») resistió con su División, la 43, hasta el 15 de junio. Mientras tanto, los pueblos que habían conocido esas transformaciones políticas y sociales empezaban a sufrir los procedimientos violentos de los nuevos «liberadores», y para muchos aragoneses comenzaba ya el exilio. La Generalitat de Cataluña calculaba que eran 39.800 aragoneses los refugiados en Barcelona en noviembre de 1938. Unos meses después, muchos de ellos tuvieron que cruzar los Pirineos. Para los que aquí se quedaron, el final de la guerra no

se llevó el espectáculo macabro de la muerte. Los libros de registros de muertos de los cementerios son testigos de que la paz, pese a lo que se dijera, no había llegado.

BIBLIOGRAFIA

Los lectores interesados por los acontecimientos militares, más que por los aspectos políticos y socioeconómicos, encontrarán referencias útiles, aunque siempre elaboradas desde posiciones franquistas, en los trabajos del coronel José Martínez Bande, publicados por la Editorial San Martín de Madrid: *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca* (1970); *La gran ofensiva sobre Zaragoza* (1937); *La batalla de Teruel* (1947) y *La llegada al mar* (1975). Un examen detallado del enfrentamiento bélico en tierras turolenses puede verse en Manuel Tuñón de Lara: *La batalla de Teruel*, Instituto de Estudios Turolenses, Teruel, 1986.

Un análisis de la sublevación militar en Aragón y de los acontecimientos políticos y sociales en la zona republicana en mi libro *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Siglo XXI, Madrid, 1985. Una aproximación a esas transformaciones sociales, desde análisis de marcos reducidos, en Encarna y Renato Simoni: *Cretas. La colectivización de un pueblo aragonés durante la guerra civil española, 1936-1937*, Centro de Estudios Bajoaragoneses, Alcañiz, 1984, y en mi estudio *Caspe, 1936-1938. Conflictos políticos y transformaciones sociales durante la guerra civil*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1984.

Aunque todas las obras generales sobre el período dedican varias páginas a la guerra en Aragón, convendría destacar, especialmente por su original manera de aprovechar los testimonios orales, el excelente trabajo de Ronald Fraser: *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 1979 (2 tomos).